Nostalgia
Autor: Manolo Campa

La nostalgia, esa pena de verse ausente de la patria, me invade de vez en cuando. Los muchos años viviendo en tierra acogedora, pero no propia, no han logrado librarme de ese penar. Sin embargo, lo atenúo con el recuerdo de seres que me hicieron feliz y de lugares donde viví mi infancia, mi juventud y los primeros años de mi adultez.

En esos instantes en que regreso al pasado, invariablemente aparece en mis recuerdos la figura de mi padre. Hay un proverbio inglés que dice: "Un padre es más que cien maestros"… Y mi padre, el sencillo comerciante español, me dio con su ejemplo las mejores lecciones para toda mi vida. De niño le imitaba, quería ser como él… y aún hoy, cuando sólo influye en mí su recuerdo, aún sigo queriendo ser como él era.

No era un hombre notable. No era bachiller ni letrado. No pudo completar la primera enseñanza. Pero tenía condiciones de buen comerciante y lo fue. En varias ocasiones en que necesité sus consejos me demostró lo mucho que lo preparó la "Universidad de la Vida", como él llamaba a lo que se aprende tratando a otros seres humanos.

Él, que fue bodeguero en varios barrios de gente humilde de la Habana, era un archivo viviente de sucesos humanos. Detrás del mostrador de su bodega compartía las alegrías y las penas, los tiempos buenos y los malos de su clientela. Mi padre saboreaba a plenitud el arte de conversar. No exagero si aseguro que oía más historias personales que los curas de la Parroquia de San Salvador del Cerro, situada a pocas cuadras de su pequeño negocio.

En el exilio, en Miami, siguió conversando mucho… pero entonces solamente hablaba de su pasado feliz en Cuba, la tierra que lo vio llegar como un niño inmigrante y que se adueñó de su corazón para siempre, al extremo de anhelar volver a ella para morir allá y descansar para siempre en la tierra que más amaba… más que a su natal Asturias… más que a la norteamericana que lo había acogido.

Papá, ya viejo, nos contaba siempre los mismos cuentos. Relatos que ya toda la familia sabía de memoria. Pero él los decía con la alegría y el entusiasmo del que estaba contando algo acabado de suceder. Su júbilo al hablarnos de su bodega de barrio era de estreno, los hechos los estaba volviendo a vivir en aquel momento…no importaba que los personajes de sus historias ya no existieran y que el escenario estuviese a más de doscientas millas de distancia… su dicha nos hacía alegrarnos con él.

Antes de llegar a la vejez caminaba siempre de prisa. Como si quisiera sacarle sesenta y cinco segundos a cada minuto. Tenía alas en los zapatos. Quizás su trabajo en la bodega desde niño fue el entrenamiento que tuvo para moverse veloz de un lado para otro. En sus últimos meses junto a nosotros, cuando llevaba el peso de sus ochenta y tantos años, caminaba sin levantar los pies. Acariciando el piso con la suela y el tacón

de sus zapatos. Se movía con mucha lentitud. Cuando quería apurarse sus brazos oscilaban con rapidez perdiendo la sincronización con las piernas que se ocupaban más de guardar el equilibrio que de aumentar la velocidad.

De lejos su caminar podía lucir cómico… y era gracioso pero no nos movía a risa, nos incitaba a ayudarle a moverse de su sillón a la mesa y de ésta al sillón, su ruta preferida. En el atardecer de su vida, sus hijos y sus nietos, sosteníamos con cariño la mano vieja que cuando era joven nos enseñó a caminar con amoroso cuidado.

Sí, los que tenemos el privilegio de llegar a ser viejos vamos perdiendo facultades. El mecanismo humano se va desgastando. La fuerza va mermando. El músculo, el vigor y el equilibrio van cediendo el camino a la ternura, la comprensión, el perdón… a la capacidad total de amar. Se olvidan agravios. Se enternecen los más duros. Los negocios, el prestigio, los títulos y los honores ceden el primer lugar a las relaciones con Dios. Sube vertiginosamente el valor del alma. Esta es la gran sabiduría que llega con la vejez. ¡Se viven los días con la gran esperanza de alcanzar la Felicidad Eterna!